

Salvador López Arnal

Regresando al pasado. En qué nos equivocamos.

Una primera aproximación

(*Rebelión*, 25 de febrero y 4 de marzo de 2017).

I

No nos equivocamos, innecesario es reafirmarlo (hay muertes, torturas, sufrimiento, exilios, muchos años de cárcel, detrás de ello), en luchar contra el fascismo, con riesgos, con miedos, con secuelas y con muchos sacrificios, especialmente los de muchos compañeros/as de sectores obreros y campesinos que apenas tenían manto protector familiar y organizativo. Desnudos frente al mundo y el fascismo.

No nos equivocamos tampoco, desde luego que no, defendiendo el catalán o el vasco. No erramos cuando defendimos unas lenguas entonces -¡entonces!- oprimidas como la catalana, la gallega o la vasca, en vindicar el derecho de los niños y niñas a ser educados en su lengua materna, en defender las culturas expresada en la lengua de Espriu, de Castelao o de Aresti e incluso en pedir la libertad de Jordi Pujol (pintaron las paredes de la Universidad barcelonesa Joaquim Sempere y Jordi Borja con la consigna), a pesar que la familia del hoy jerarca de un clan familiar acusado de mil tropelías se enfadó mucho y llamó al orden, con bronca, a los activistas por unir su nombre, el del primogénito Jordi Pujol médico-banquero, al de un estudiante comunista Héctor Babiano que había sido detenido también en aquellas fechas, a principios de 1960. Ellos eran así; nosotros no, nunca lo fuimos.

En eso, en lo señalado, en resistir, en combatir, en querer vivir -y vivir ya- de otro modo, con otros valores, acertamos; en todo o en casi todo lo demás, en lo que respecta al tema-monotema, el secesionismo catalán, a la identidad catalán sobrecargada, con buenas intenciones en general, nos equivocamos.

Nos equivocamos al participar en campañas que vindicaban “obispos catalanes”, como si el ser catalán fuera atributo que garantizara lejanía de los escenarios más oscuros del nacional-catolicismo. Tendríamos que habérselo preguntado primero para asegurarnos, y no fue el único, al cardenal Isidre Gomà i Tomàs por ejemplo.

Nos equivocamos a aceptar encantados, repitiéndolo orgullosos como loros, aquello de que el “Barça és més que un club” (y los pericos, todos ellos, unas fchas españolistas de mucho cuidado, algo así como una enfermedad de botiflers). El Barça, ya entonces, era una especie de multinacional en construcción, que manipulaba, abonaba y orientaba los sentimientos de muchísimas personas (una parte de mi familia entre ellos). Basta hacer un repaso de las directivas barcelonesas de estos últimos 60 años para comprobar de quienes hablamos, que “personalidades” han llevado el timón de eso que incluso gente muy nuestra y muy querida siguió defendiendo como una entidad que no era un club-empresa, era más que un club, asociado ahora, en publicidad y en medios, al alma de Cataluña, con ex entrenadores del club, elevados a los altares de los modelos y las referencias intachables, en listas de grupos políticos secesionistas como Junts pel sí.

Nos equivocamos a no ser suficientemente críticos y marcar diferencias de finalidades en nuestro apoyo -que no pongo en cuestión por su significado antifascista- a la lucha del nacionalismo independentista vasco armado contra el fascismo en tiempos del fascismo.

Nos equivocamos, en la misma línea, cuando pensando y construyendo alianzas con fuerzas nacionalistas, ya entonces secesionistas, alianzas entonces

necesarias y que tampoco pongo en cuestión, no fuimos capaces de generar al mismo tiempo una mirada propia y crítica de su ideología nacionalista, separadora, sin apenas matices, antiespañola (no antifranquista) en el fondo y a veces en las formas, a la que hicimos mil y una concesiones.

No es seguro que acertáramos cuando nos pareció justo y razonable editar revistas como *Nous Horitzons* escritas tan sólo y estrictamente en catalán -idioma que, por supuesto, lo repito una vez más, era necesario defender dando ejemplo-, traduciendo incluso versos de poetas castellanos, por todos conocidos y que todos podíamos leer, al catalán. Si aspirábamos a un país bilingüe, ¿por qué no publicar de ese modo?

No equivocamos también cuando pensábamos que era una aspiración legítima y sin discusión la construcción de organizaciones soberanas en Cataluña, totalmente autónomas, asociadas, si así lo estimaban, con formaciones españolas. Por una parte, y en primera instancia, lo de aquí y luego, más tarde, nos asociábamos con lo de allí... si nos apetecía.

Nos equivocamos cuando nos creímos todos aquellos rollos-reflexiones en torno al PSUC-PCE y los gajos y las naranjas y no supimos ver la corriente de fondo: separar, separar, separarnos de camaradas con años de lucha y sacrificio en común. De aquellos todos los futuros barros: *Iniciativa per Catalunya. Per Catalunya!*... y como fuerza independiente.

Nos equivocamos cuando militamos en grupos de extrema izquierda, el MC por ejemplo, que habían roto con la lucha independentista vasca por su carácter nacionalista, convertidos ellos mismos, años después, en fuerzas políticas con una ideología nacionalista -aunque no sólo nacionalista- más que marcada donde los llamados "principios" de la tradición -el derecho de autodeterminación por ejemplo- jamás se ponían en cuestión, al ser considerados palabra bíblica-leninista, un axioma indiscutible de unos combatientes revolucionarios que, supuestamente y siguiendo las preferencias del propio Marx, debíamos dudar de todo.

Nos equivocamos de lleno, y causamos sufrimiento, cuando algunos descubrimos de jóvenes el catalán (apenas lo hablaba nadie en nuestros alrededores cuando niños en nuestros barrios obreros del extrarradio), y lo imponíamos en nuestra familias aragonesas, andaluzas o extremas, avergonzándonos incluso de que nuestros padres no fueron catalanes de raíz y no se expresaran en el idioma de Carner o Foix.

Nos equivocamos también cuando hacíamos oídos sordos, cuando no queríamos ver, o veíamos con mucha más dificultad, el fascismo que teníamos delante, en nuestra propia casa, protagonizado por gentes de aquí, no de allí. El fascismo, llegamos a pensar, era cosa de españoles, no de catalanes. Cataluña, nos contó un historiador, toda ella y casi solo ella, estaba bajo la bota del franquismo.

Nos equivocamos al aceptar babeando aquello de que era catalán quien vivía y trabajaba en Cataluña (¿eran alemanes entonces los catalanes que trabajaban en Düsseldorf?), agradecidos por la humanitaria concesión de aquella burguesía que nos explotaba en fábricas, bancos y servicios y construía y vendía, con enormes beneficios, pisos de 45 metros cuadrados en calles sin asfaltar y sin servicios, destinados a los recién llegados, allí, donde la ciudad perdía su nombre según escribieron algunos escritores nuestros. *Casa nostra, decían también, es casa vostra*, sin indicar qué parte de la "casa" nos estaba destinada. Por lo demás, y en buena lógica, aquel lema tenía implicaciones nunca señaladas: Jordi Pujol, Millet y los otros de las 400 familias no eran entonces catalanes. Nunca trabajaban. Tampoco sus herederos. Se limitaban a ordenar, contactar y mandar.

Nos equivocamos -y no nos equivocamos- cuando participábamos en la conmemoración del 11 de septiembre, con riesgos y detenciones (basta leer los apellidos de los luego torturados o golpeados, y encarcelados), sin entender muy bien de qué iba a aquello de la diada nacional, de los Austrias, de los Borbones, de lo que luego fue llamado, no entonces, episodio central de la lucha, permanente a lo largo de los siglos, de España contra Cataluña. Historiadores que nos formaron y enseñaron no dijeron nada de eso en aquellas circunstancias-

Nos equivocamos cuando éramos comprensivos, apenas les dábamos importancia, ante aquellas formulaciones xenófobas, cuando no racistas, que nos trataban de charnegos o murcianos (o, incluso, de vagos andaluces, medio hombres o de personas a medio hacer). Venía de lejos. Pasó también muchos años atrás.

Nos equivocamos cuando llegamos a pensar que la burguesía catalana era otra cosa, más europea, más civilizada, más humana. Nada sabíamos, por ejemplo, de su pasado esclavista.

Nos equivocamos, y de mucho, cuando no fuimos capaces de cultivar y apenas conocer nuestra propia Historia. Una de las Españas (Cataluña no excluida) helaba el corazón; no la otra.

Nos equivocamos cuando permitimos que la Asamblea de Cataluña se convirtiera en un instrumento utilizado por las fuerzas del nacionalismo catalán, algunas muy derechas aunque se vistieran con ropaje socialdemócrata, en su propio beneficio, rompiendo y alejándose de ella cuando les pareció más oportuno. Nosotros poníamos el riesgo y la lucha; ellos las finalidades y las posiciones de fuerza para negociar.

Nos equivocamos cuando permitimos que líderes estudiantiles queridos y admirados por todos no pudieran ir al encierro de Montserrat porque no se expresaban correctamente en catalán.

Nos equivocamos cuando no hicimos lo suficiente para impedir el asesinato de Puig Antich y nos volvimos a equivocar cuando fuimos permitiendo que al ex militante del MIL, de Movimiento Ibérico de Liberación, nada que ver con ningún nacionalismo, se le fuera colocando una barretina que nada tenía que ver con su ideario y su corta vida.

Nos equivocamos de todas-todas aquel nefasto 11 de septiembre en Sant Boi, recientemente recordado en clave secesionista (las fuerzas de Podemos incluidas en la revisión), cuando permitimos que los que nos hablaron aquel día fueran, en todos los casos, representantes del mundo catalanista-secesionista (y en un caso, de derecha muy pero que muy conservadora).

Nos equivocamos también cuando nos tragamos -hasta muy dentro- la píldora inventada del catalanismo popular. Historiadores, que entonces admirábamos, nos fueron suministrando el brebaje.

Nos equivocamos cuando permitimos que se nos cambiara, catalanizándonos, era más pogre y quedaba mejor, nombre y apellidos.

Nos equivocamos cuando fuimos usando, infelices de desconocernos a nosotros mismos, el lenguaje del nacionalismo catalán. España era también para nosotros palabra prohibida, un país de fachas, ignorantes, guardiaciviles y militares. Todo era entonces Estado español. Era imposible escribir una octavilla que no usara la jerga nacionalista.

Nos equivocamos también cuando fuimos olvidando o no nos dedicamos suficientemente a conocer la historia, la gran historia de la España republicana. Matilde Landa o incluso Juan Negrín era para nosotros perfectos desconocidos.

Nos equivocamos cuando no fuimos capaces de ver (apenas dimos entonces importancia, era el pan nuestro de cada día) las decisivas aristas solidarias, fraternales, que se fueron construyendo durante la lucha antifranquista.

Nos equivocamos cuando pensábamos Cataluña como el territorio más ilustrado, más europeo, más avanzado de España, con el menosprecio que eso implicaba respecto a los compañeros/as de otros territorios españoles.

Pero hay más. Nos equivocamos en muchas más cosas.

II

No nos equivocamos, desde luego que no, cuando vindicábamos libertad, amnistía y estatuto de autonomía (que nunca lo pensamos como un privilegio; pensábamos también en aquellos años en Galicia y en el País Vasco).

Tampoco cuando nos manifestamos una y otra vez, pocos, muy pocos, en plaza Cataluña, en Ramblas y en plaza Universidad, el día, un domingo si no recuerdo mal, en que enterramos al Txiki, asesinado el 27 de septiembre en Cerdanyola, con cuatro luchadores antifascistas más.

Tampoco nos equivocamos cuando nos escandalizamos por las torturas a las que fueron sometidos Paco Téllez y Alejo García, dos compañeros inolvidables (el segundo fallecido hace años), dos trabajadores de la construcción, dos luchadores comunistas democráticos toda su vida (tengo el orgullo de haber sido profesor de dos de los hijos del primer camarada).

Sí nos equivocamos, en cambio, otros senderos no utópicos eran transitables (aunque, hay que admitirlo, que la situación no era fácil, nada fácil), cuando aceptamos -¡menudo golpe!- los símbolos del franquismo contra los que habíamos luchado y combatido durante años y años. Es muy pero que muy difícil borrar aquellas imágenes de nuestro cerebro.

Nos equivocamos también, como dije, cuando permitimos que la Asamblea de Cataluña estuviera hegemonizada, política y culturalmente, no organizativamente, por el nacionalismo catalán. Incluso el nombre debería haberse discutido: ¿queríamos, buscábamos, una “asamblea de Cataluña” (el nombre de la secesionista ANC deriva de ahí) o aspirábamos más bien a un frente democrático amplio de todos los pueblos de España? ¿Se trataba de enfatizar, fuera como fuera, la singularidad catalana? ¿Había que remarcarla fuera como fuera? ¿No era una forma de separarnos, de diferenciarnos de otros frentes de lucha antifascista?

Tampoco acertamos cuando empezamos a aceptar las cifras interesadamente hinchadas de participantes en las manifestaciones del 11 de septiembre. No hubieron, aunque lo repitiéramos una y otra vez, un millón y medio de manifestantes el 11 de septiembre de 1977.

Nos equivocamos de nuevo cuando tomamos la iniciativa de unos pactos de progreso -o alguna designación similar- que incluían a CDC, fuerza que tratábamos con una mirada acrítica y confiada totalmente inapropiada.

No pensamos bien, incluso llegamos a rechazarla, la importancia que tuvo incluir en la Constitución de 1978 la existencia de regiones y nacion(alidades). Nos pareció nada, o menos que nada.

Volvimos a errar cuando la izquierda comunista se apoyó en sus intervenciones electorales en figuras -que llegaron a ser cabezas de lista- del nacionalismo catalán secesionista.

Nos equivocamos cuando eliminamos, más felices que un diez, la palabra “España” de los nombres algunas fuerzas de izquierda comunista. Movimiento

Comunista de España -¡de España!- era un horror de horrores (lo mismo que el Partido del Trabajo de España); Moviment Comunista de Catalunya era el no va más del no va más. La Cataluña europea y democrática no tenía nada que ver con la España neofranquista.

Seguimos errando cuando no fuimos capaces de ver, de entrada e incluso al cabo de los años, la trayectoria antidemocrática y criminal, esencialmente secesionista, de las actuaciones de ETA (que no esconden ni olvidan, por supuesto, torturas, Gales, asesinados y batallones vasco-españoles que, otra parte, no justifican, no pueden justificar el asesinato de Yoyes, Hipercor y tantas otras muertes).

Erramos, en general, los militantes de la que llamábamos izquierda revolucionaria o designación afín, cuando no fuimos capaces de ver las monstruosas dimensiones políticas del uso de la lucha armada en los años ochenta. No sólo en el caso de ETA. El GRAPO seguía haciendo de las suyas.

No fuimos capaces de ver la corriente nacionalista antiespañola de fondo que se iba construyendo con el pujolismo y afines. No fuimos tampoco capaces de ver la importancia esencial -con tintes religiosos no excluidos- de la lengua catalana para el relato y la construcción nocional y ficcional del catalanismo. El catalán era mucho más que una lengua; el catalán era mucho más que el catalán. El castellano empezaba a ser, no lo había sido durante la lucha antifascista, un idioma colonizador y de colonizadores.

Nos equivocamos cuando fuimos cambiando nuestros nombres, acentos incluidos, incluso nuestros apellidos: Javier no era Javier sino Xavier, Juan no era Juan sino Joan (aunque se llamasen Juan y Javier por gusto, por decisión familiar, no por imposición del régimen fascista). Los Fernández con acento cerrado pasaron a ser Fernàndez. ¡Era més català!

Aceptamos, sin decir ni pío, que los López, los García, los Martínez, los Fernández no fueran considerados propiamente apellidos catalanes.

Aceptamos, incluso apoyamos, el disparate de la lengua propia y su consecuencia: la lengua y lenguas impropias.

Nos organizamos en fuerzas estructuradas de formas confederal o como reinos de Taifas cuando decíamos aspirar, así constaba en nuestros papeles, a la república federal de todos los pueblos españoles.

El federalismo, y la línea cultural de la II República, quedó aparcado en nuestra cosmovisión y tradición.

Aceptamos nombres tan alejados de nuestros planteamientos como Iniciativa per Catalunya. ¿Iniciativa por Cataluña? ¿No era peor incluso que el de Convergencia Democràtica no per Catalunya sino de Cataluña?

Rascándonos un poco, pensamos, lo llegamos a sentir, que Cataluña, que incluso los catalanes, éramos algo especial. Muy europeos, más listos, con más idiomas, nada que ver con los aragoneses, gallegos o andaluces.

Remarcamos, una y mil veces, que el PSUC era un partido distinto, una especie de PCI avanzado, mientras que el PCE de Madrid, o de Asturias, o de Andalucía, era poco refinado. Eran un poco brutitos, algo así como el PCP. Nada que ver con nuestra exquisitez de izquierda avanzada, muy eurocomunista.

Remarcamos tanto nuestra identidad que en los mítines de ICV con la participación de Anguita, que de calle era el dirigente con más gancho y atracción, exigimos finalizar nosotros, los dirigentes catalanes, los encuentros, aunque eso comportara que tras hablar Anguita se vaciara la mitad de la sala.

No nos enfrentamos con toda nuestra ante toda esa corriente catalanista que hablaba y continúa hablando, aunque ahora quede muy mal y lo hagan bajito, de charnegos o xarnegos, murcianos, maños, recién llegados, o catalanes de segunda.

Permitimos, fue mi caso, que nuestro abuelo asesinado pasara a ser Josep Arnau cuando su nombre era José Arnal.

Aceptamos que Els Segadors, un himno nacional y nacionalista, se convirtiera en un himno que cantábamos, puño levantado, como si fuera La Internacional. En el recuerdo de los inmolados, los asesinados en el Camp de la Bota hasta 1953, ERC hegemonizaba los encuentros permitiendo solo que se cantara els Segadors. Ni la Internacional ni el himno de la II República tenían cabida. Nosotros sin rechistar apenas.

Permitimos que algunos compañeros intentaran boicotear la Feria de Abril como no catalana, como método, decían, de castellanización de la cultura propiamente catalana. Mayte Martín o Miquel Poveda nunca han sido para ellos, propiamente, cantaores catalanes aunque fueran catalanes.

Nos equivocamos, igualmente, al confiar ingenuamente que el resultado de las primeras elecciones al Parlamento de Cataluña sería favorable a fuerzas de centro izquierda (que contarían con el apoyo del PSUC) y no vimos la fuerza de CDC.

Hicimos, disparate de disparates, con dinero y el trabajo de los militantes obreros del PTE, a alguien como Heribert Barrera, un xenófobo de tomo y lomo, diputado del Parlamento en las elecciones de 1977.

Erramos de nuevo cuando, a partir de entonces, no nos dimos cuenta o incluso participábamos, en la construcción de país que encabezada y representaba Jordi Pujol. Nos hicimos casi todos pujolistas. No es exageración: en reuniones de la Comisión Política de Iniciativa de Santa Coloma de Gramenent, patums intocables de la ciudad, con un pasado antifascista que nadie cuestiona, podían afirmar, sin sonrojarse y sin protestas de casi nadie, que Jordi Pujol, el molt honorable añadían incluso, había sido y era esencial y que nos estaba salvando, a Cataluña, del desastre.

Nos volvimos a equivocar y de lleno cuando admitimos sin oposición -e incluso, hay que recordarlo, apoyándola de todas todas- la que llamaron "inmersión lingüística", olvidando lo que nosotros mismos habíamos defendido pocos años atrás: la necesidad, la conveniencia de educar a los niños y niñas en su lengua materna. Defendimos, sin pensar en otras posibilidades, negándonos a conocer otros senderos que de hecho ya existían (Aula, por ejemplo, un colegio privado-privado donde trabajé años después y donde han estudiado Artur Mas y sus hijos, tal vez ahora sus nietos, nunca ha implantado la inmersión). Argumentamos, el razonamiento fue decisivo en algunos momentos, que aprendiendo catalán los hijos de los inmigrantes, nuestros hijos, tendrían las mismas posibilidades que lo hijos de los otros catalanes, los catalanes de debò decían algunos, para encontrar trabajo. El tema adquirió tales dimensiones que, cuando años después, alguien tenía el coraje de señalar algún punto crítico, no hablemos ya de una enmienda a la totalidad, era acusado, a la carta y sin reflexión, de españolista, de fachoso o de anticatalanista (también de las tres cosas a la vez).

Volvimos a errar cuando no pusimos el grito en el cielo desde que vimos, y lo vimos pronto, que TV3 se estaba convirtiendo, de entrada y salida, en un instrumento decisivo de la inculcación ideológica del catalanismo antiespañol.

Erramos de lleno cuando nos tragamos la píldora del catalanismo popular, Josep Termes jugó ahí un papel esencial, a pesar de que historiadores como Joan-Lluís Marfany nos advirtieron una y otra vez de la falsedad e indocumentación de esa construcción político-cultural.

Nos equivocamos, nos seguimos equivocando, cuando seguimos defendiendo, tras años de avance de la lengua y la cultura en catalán, y con indudable autonomía política, el derecho de autodeterminación del pueblo catalán, al que se añadía el peligro que corría la supervivencia de la lengua propia de Cataluña.

Seguimos durante años, vuelvo a insistir, sin ser suficientemente críticos respecto a la violencia de ETA. Los crímenes del GAL, las torturas de la Guardia Civil, nos hacían confundir y tendimos a justificar (sin que fuera justificable) B con A. Ni el asesinato de Yoyes nos llegó a abrir los ojos totalmente. Ni incluso Hipercor (sin justificar, por supuesto, la nefasta actuación de la dirección comercial de la empresa).

Nos equivocamos también cuando nosotros mismos insistimos en lo que se solía llamar el “marco nacional”. Incluso tras una campaña tras fraternal y tan de todos como la que protagonizamos contra la permanencia en la OTAN, con aquellos inolvidables comités antiotánicos, incluso en esas circunstancias, fuimos luego capaces de contar las cuentas y los resultados en términos de nacionalidades y decir orgullosos que el NO había triunfado en Cataluña y creo que también en el País Vasco, indicando o intentado destacar nuestra singularidad “progresista” frente a otros pueblos españoles más atrasados, mucho menos avanzados.

Nos hemos equivocado siempre o casi siempre cuando hemos jugado al victimismo y al fácil y manipulador “la culpa es de España-araña”. ¿Cómo se puede sostener que la situación actual impide a los catalanes ser catalanes? Aparte de que hay muchas formas de ser o sentirse catalanes, es obvio que nada justifica hoy una afirmación a no ser que consideremos que ser catalanes, en círculo que se muerde la cola, sea ser ciudadanos de un Estado propio e independiente. Aunque parezca un imposible cultural-metafísico, la presidenta del Parlamento de Cataluña, Carme Forcadell, ha sostenido y sostiene esa tesis, la única de sus “reflexiones” que hemos podido entender hasta el momento.

Aquí, en .Cat, no digo que no ocurra en otras comunidades o en el conjunto de España pero me da que no tanto, la identidad nacional, sobrecargada, algo ficticia en mi opinión, nada de una identidad débil y mestiza, se ubica en posiciones nunca vistas. Claudio Magris se refería en Microcosmos a la identidad nacional, lo ha señalado recientemente José Andrés Rojo, comentando que se desvaría cuando se pretende considerarla un dato natural. No afirmo que sea eso exactamente, pero, en estos momentos, esa identidad es vivida por muchos ciudadanos catalanes de ese modo o en términos afines. Nos ha costado mucho entender esta arista del polígono: muchos catalanes son, ante todo, patriotas.

Mejor dejarlo aquí; conviene no practicar el masoquismo. Pero sigue habiendo mucho más.

Pero de esos errores-lodos, estos barro, los actuales: participar en estos últimos años en manifestaciones y actos secesionistas, no romper con el discurso nacionalista-secesionista, llegar a acuerdos políticos con fuerzas como Junts pel Sí y por el 3%, reivindicar al unísono un referéndum que solo tiene sentido desde una perspectiva nacionalista. Y mil cosas más.

Lo he dejado para el final y acaso sea lo más importante. Les hablo de un manifiesto: por si lo estimaran conveniente (yo he firmado), por si se animan (¡ánimense!):

“Los abajo firmantes, ciudadanos y ciudadanas de izquierda que vivimos, mayoritariamente, en Cataluña, nos manifestamos en contra del referéndum unilateral y, por tanto, antidemocrático de Cataluña. Estamos en contra porque lo hace sin contar con la opinión de todos los posibles afectados en el conjunto de España, legítima el derecho a la secesión de una parte, con el objetivo de construir un nuevo Estado, y además sobre la base de un nacionalismo etnicista. Pensamos, por el

contrario, que nuestra lucha pasa por conseguir un Estado de Derecho que garantice por igual los derechos civiles, políticos y sociales de toda la ciudadanía, incluida, por supuesto, la catalana. Sostenemos que las declaraciones de Podemos, en la línea de lo que plantean CSQP y el nuevo partido de los "comunes" en construcción, divide a los ciudadanos y a las ciudadanas en esta lucha común y hace el juego a los nacionalistas."

ENLACE A LA RECOGIDA DE FIRMAS:

<http://manifiestocontrareferendumunilateral.blogspot.com.es/>

ENLACE EN FACEBOOK: <https://www.facebook.com/Manifest-Manifiesto-contra-un-referendum-unilateral-868512913311177/>